

ANTXON AGUIRRE SORONDO (1946-2014)

Antropólogo, etnógrafo e historiador

Xabier Obeso

Un hombre grande en todos los sentidos, 2 metros de altura y una obra colosal en su haber. Una treintena de libros, un sinfín de artículos, separatas y conferencias. No hay más que asomarse al diccionario Auñamendi para darse cuenta de las dimensiones y variedad de los temas abordados.

Colaborador desde hace muchos años de la Revista *Oarso*. En su peregrinar por los diferentes archivos, iba guardando todo aquello de interés que saliera sobre Errenteria y con ese material confeccionaba un artículo que siempre era de los primeros en llegar a la redacción de esta revista.

También es de destacar la encuesta etnográfica que realizó sobre la vestimenta en nuestro pueblo, entrevistando a varios ancianos que gustosos contaron sus recuerdos. Así mismo, resultó interesantísima la encuesta realizada a las monjas de las Agustinas que desvelaron sus costumbres, tan desconocidas para la inmensa mayoría de nosotros.

La pena es que esta encuesta era una de tantas que se iban a realizar para recoger la memoria de nuestro pueblo e impedir que se perdiera para siempre. Entre ellas, se pensaba realizar las del mundo laboral, la religiosidad popular, ritos y creencias, el mundo rural, etc.

Conocí a Antxon Aguirre Sorondo el año 1992 cuando, habiendo visto algunos de mis



trabajos de plumilla, me propuso que ilustrara su gran investigación sobre las ermitas de Guipúzcoa que por entonces estaba finalizando. El compromiso era que cada mes hiciera el dibujo de un templo distinto, para lo cual me ofreció visitarlos en su compañía pero dándome libertad para elegir los que me resultaran más interesantes desde el punto de vista artístico.

No tardé en morder el veneno de la etnografía y de la historia. ¡Cómo no! Junto a Antxon en cada pueblo, barrio o rincón había algún motivo para descubrir un aspecto nuevo ya fuese un molino o una estela, un juego de campanas o una ferrería, tradiciones o creencias populares, dichos o hechos... De todo lo que me mostraba y de lo que me contaba, muchas cosas me marcaron.

Recuerdo, por ejemplo, el detalle del sacristán de Amezqueta, quien al final de la festividad de Todos los Santos vendía los panes que los feligreses depositaban a modo de ofrendas por unos céntimos a los niños, como chucherías. “¿Por qué como chucherías?”, le preguntó Antxon. Y el sacristán le explicó que en realidad aquel pan ya no tenía alimento pues los difuntos se habían llevado la “sustancia”.

Otro relato que me impactó fue una vivencia de Don Joxe Miguel de Barandiaran. Alertado de la existencia de un túmulo en la sierra de Aralar, se dirigió al caserío más próximo pidiendo que le mostraran el lugar. El más joven de la familia fue el encargado de acompañarle. El sabio de Atau observó que en el camino el chico cogió una piedra y, al llegar, la arrojó sobre el túmulo. Preguntado

por el motivo de tal acción, el joven dijo que él repetía el mismo gesto que había visto a su padre y a su abuelo durante toda la vida. La tendencia de un montón de piedras es a desparramarse, de modo que ese gesto contribuía al mantenimiento del túmulo funerario que así perduraba 2.500 años después de su construcción.

Salíamos casi todos los sábados, siempre con un programa bien apretado según la investigación que en el momento tuviera entre manos. En los últimos tiempos, en compañía de nuestros amigos comunes Ángel y Ricar, el motivo principal era el trabajo de campo sobre neveros de Navarra. Invertimos varios años en recorrer el viejo reino pueblo a pueblo preguntando a sus habitantes más veteranos sobre la existencia de neveros o hieleros. En caso positivo, rastreábamos el lugar



señalado, muchas veces en zona montañosa, y si lo hallábamos levantábamos acta de su ubicación y características.

Otra excusa, esta ya permanente, para recorrer el país de cabo a rabo era la búsqueda de contenidos para "La Escapada", sección semanal que Antxon mantuvo en El Diario Vasco desde 1995 y hasta el momento mismo de su fallecimiento. Esto, claro está, obligaba a estrujarse las meninges y a hacer muchos kilómetros, sobre todo porque no le gustaba repetirse. Procuraba dar a sus lectores propuestas siempre novedosas en forma de excursiones a lugares de interés, museos, centros de interpretación, cuevas, fiestas, paseos, curiosidades, todas debidamente acompañadas con datos históricos o etnográficos para su correcta valoración; también los más prácticos como su localización o las especialidades gastronómicas de la zona.

Pero aunque las salidas tuvieran un objetivo concreto, eso no nos impedía parar allí donde surgiera otro foco de interés. Si volvíamos por Urbasa, por ejemplo, nos desviábamos para saludar a su amigo pastor en su chabola. Por cierto que un día le propuso el desafío de elaborar un queso a la antigua usanza, es decir, colando la leche con ortigas y cociéndola mediante inmersión de piedras de ofita rusientes en el kaiku de madera y, por supuesto, ahumado. Lo que motivaba la curiosidad de Antxon era conocer qué sabor tendría el queso en tiempos pretéritos. De aquello hizo un artículo, impartió una conferencia con degustación en la Cofradía Gastronómica de San Sebastián y, sobre todo, obtuvo una experiencia que para cualquier etnógrafo resultaba apasionante.

Durante estas salidas por territorio vasco o incluso mucho más allá, hasta La Rioja o el valle de Valderredible, en las estribaciones de Santander con Palencia, pasábamos muchas horas a bordo de su "tanque", como llamaba a su 4x4, charlando de lo divino y de lo humano. Así que, además de

gozar descubriendo los eremitorios rupestres o las alineaciones de menhires, o de pararnos a comer un bocadillo en un precioso ribazo del río, nos entregábamos a unas tertulias maravillosas en las que se hablaba de historia, filosofía y demás. ¿Qué más podríamos pedir?

No quiero dejar de recordar aquí que Antxon lideraba a un grupo de viajeros (Grupo Orio) con quienes todos los años hacía un recorrido por los lugares más recónditos y alejados de la Tierra, procurando imprimir al programa un sesgo etnográfico que los hacía más interesantes de lo común. A él le servía para comparar las costumbres y creencias de los pueblos del mundo con las de su amada Euskalerría.

Cualquiera que lea esto podría pensar que era un "bon vivant", pero nada más lejos de la realidad. Su vida consistía en interminables jornadas delante del ordenador, de lectura o de estudio entre "viejos papeles", con una entrega casi monacal que le llevaba a rehusar invitaciones a conciertos, actuaciones o cenas con los amigos, pues no tenía tiempo que perder en diversiones. Esa enorme capacidad de trabajo da razón de una bibliografía de dimensiones colosales. Todo un saber al servicio de los demás: pues ¿qué sentido tiene acumular enormes cantidades de conocimientos si no se utilizan para crear una obra que sirva a la comunidad?

Cada vez que revisamos la historia, sea la época que sea, constatamos la importante presencia de vascos en todos los ámbitos de la vida. Quizás por ser un pueblo grande en un territorio pequeño. Las principales virtudes que han caracterizado a este pueblo han sido: la nobleza, la cultura, la creatividad, la fidelidad, la fuerza y la diligencia para acometer el trabajo. Un buen ejemplo de todo esto lo hemos tenido en la vida y en la obra de Antxon y yo he tenido la fortuna de ser su amigo.